

La hija del lobo

Ariel Fonseca Rodríguez

Image not found.

Capítulo 1

La hija del lobo

La nieve cobijaba el suelo cual blanca y fría colcha. Era un bosque de abetos cuyas copas bailaban al ritmo del helado viento invernal. El sol se ocultaba y sus postreros haces de luz se filtraban entre las ramas, reflejándose en los copos de nieve que se esparcían por el lugar.

Varios caballos permanecían atados a los árboles en tanto sus jinetes montaban un campamento para pasar allí la noche. La oscuridad sumada a la ventisca que se aproximaba impediría la visibilidad y tornaría peligroso proseguir el avance. Por esa razón el grupo prefirió retomar el camino a la próxima aldea en cuanto se levantase el sol.

Estos jinetes eran guerreros: gorro de piel y casaca; arco y carcaj en la montura; sable y daga al cinto. Lucían confiados pero no se separaban nunca de sus armas, listos ante cualquier eventualidad.

Estaban ocupados en la tarea de encender el fuego cuando de pronto todos dejaron de moverse. En completo silencio, uno de ellos afinó el oído lo más que pudo y consiguió percibir un sonido familiar: el sonido del galope de caballos sobre la nieve. Espantado, dio un grito de alarma que puso a los demás sobre aviso. Los hombres se apresuraron hacia sus caballos para escapar del peligro.

Pero era demasiado tarde. Antes que consiguieran llegar a sus monturas un escuadrón de caballería pesada, con armaduras y enormes lanzas, salió de entre los árboles ensartando a todo aquel que encontró a su paso. Algunos de los desmontados jinetes intentaron ofrecer resistencia en vano pues en poco tiempo fueron rodeados y muertos; otros no dejaron de correr en busca de sus caballos mas también les dieron alcance robando sus esperanzas de salir con vida.

El ataque resultó en una carnicería. Los lanceros no se esforzaron en dejar prisioneros, más bien remataron a sablazos a quienes aún se movían. Unos cuantos cuerpos fueron decapitados y sus cabezas depositadas en un saco como trofeo o quizá como prueba de su victoria. Terminada su labor se llevaron con ellos los caballos, armas y provisiones de los vencidos.

Después que los últimos lanceros desaparecieron por el mismo lugar que llegaron, un sobreviviente de la matanza salió de su escondrijo detrás de un árbol. Con el cuerpo lleno de heridas parecía que solo su voluntad de vivir lo mantenía en pie. Tras asegurarse que no quedaba nadie, caminó

por entre los restos del campamento. Los cadáveres de sus compañeros yacían tirados sobre la roja nieve, no encontró su caballo y además se dio cuenta que perdió su sable durante la contienda. Tampoco halló nada de comer o de beber allí.

La única pertenencia que le quedaba era su daga, además de la ropa que traía puesta. Ante el temor de ser víctima de otra emboscada se adentró en el bosque en lugar de salir en dirección al camino. Vagó por entre los árboles por un tiempo que le pareció inacabable mas el bosque no mostraba signos de terminar. La oscuridad veló cualquier posibilidad de orientarse en ese laberinto natural y contribuyó a dificultar la marcha.

Un ventarrón frío le derribó. Con suma dificultad volvió a incorporarse e intentó continuar su lastimoso andar. Él era todavía un hombre joven, capaz de sobrellevar las miserias de la guerra. No obstante estaba herido, cansado, helado hasta los huesos y sin lugar para guarecerse de la tormenta. Se detuvo a tomar un respiro. Sintió sueño, tanto sueño que quiso dormir allí mismo. Apoyó la espalda contra un abeto, cerró los ojos, y se fue encogiendo hasta quedar sentado al pie del árbol. Su cuerpo peligraba de ser sepultado bajo la inmisericorde lluvia de escarcha.

Abrió los ojos. Se encontraba acostado en una cama de paja, cubierto de pieles cálidas dentro de un lugar que semejaba una minúscula cabaña. Era como si la emboscada y la dura marcha por la floresta hubieran sido solo una pesadilla ¿estaba soñando? ¿Había muerto acaso? Entonces reparó en la presencia de una niña que le miraba desde prudente distancia.

— ¿Dónde estoy?—pensó en voz alta.

—Estás en mi casa. Te encontré herido y a punto de congelarte cuando recogía leña. No esperaba encontrar a nadie en el bosque durante la tormenta y te vi bajo un árbol. Y entonces como aun respirabas decidí traerte a un sitio caliente.

Esa explicación rápida y atropellada solo lo confundió más ¿Salió a buscar leña en medio de una tormenta? ¿Y si fue así cómo pudo verlo y moverlo? La observó con detenimiento: no debía ser mayor de diez años, imposible que lo pudiera traer sin ayuda en esas condiciones. Ella no se movió de donde estaba, su mirada traslucía temor mezclado con curiosidad como si no estuviera acostumbrada a tratar con extraños.

—Dime niña ¿Con quién vives?

—Con mi padre.

— ¿Y dónde está él?

—En los bosques. Es cazador: se va por unos días y siempre vuelve con un ciervo, o con conejos...o con otro animal que haya podido matar.

Ambos se observaron en silencio. Notó entonces que la pequeña iba descalza. Su vestimenta consistía en una falda y una blusa maltratadas por el uso. El cabello rubio desordenado; su cuerpo era muy delgado mas el color de sus mejillas revelaba que se mantenía saludable a pesar de vivir en la escasez. Por su aspecto se podría inferir que era una pordiosera. Daba la impresión que quería seguir hablando sin atreverse a ello hasta que venció su nerviosismo, se acercó a él y le miró directamente a los ojos.

— ¿Qué te pasó? ¿Cómo te hiciste esas heridas?

—Soy un soldado que se dirigía a Varsovia con sus compañeros. Acampábamos en el bosque cuando fuimos atacados por bandidos y solo yo pude escapar.

— ¿Varsovia? ¿Es una aldea?

—No. Es la capital del reino, la ciudad más grande.

—Umm... no lo entiendo muy bien. No importa, de todas formas estoy contenta de que despertaras.

“Definitivamente esta chiquilla es extraña”, pensó. Pero lo importante es que no dudó de su historia, aunque poco podría hacer si supiera la verdad. Lo que no le dijo es que en realidad era un mercenario que formó parte de las infames tropas de Lisowski, famosas por devastar las tierras rusas en sus incursiones.

El rey de Polonia los envió al Imperio para sofocar la revuelta bohemia. La brutalidad de estos mercenarios, que en lugar de recibir una paga regular tenían permiso para saquear las tierras por donde pasaran, se volvió legendaria y les ganó el apodo de “Jinetes del Apocalipsis” pero también que el emperador decidiese prescindir de ellos.

Entonces muchos formaron partidas de bandidos que quemaron aldeas y ciudades completas en los territorios del Imperio y hasta en la propia Polonia. El mercenario concluyó que seguramente los responsables de exterminar a su grupo fueron las milicias de algún noble local. Muy posiblemente les seguían la pista desde su última expedición de saqueo.

La niña cuidó de él por varios días. Poco a poco recuperó sus fuerzas y en cuanto sintió que podía caminar por su cuenta juzgó conveniente irse de allí lo antes posible. Decidido, observó hacia afuera por la puerta abierta: ella encendía un fuego para cocinar, la claridad del cielo daba a entender que aún faltaban horas para que oscureciera. Tiempo suficiente para salir

de ese maldito bosque.

Sus ojos volvieron a fijarse en la chica. De pronto se le ocurrió una idea: Si bien le parecía todavía muy joven para su gusto de todas formas se divertiría con ella. Rió en silencio al imaginar la sorpresa que se llevaría el padre al encontrar a su regreso el cuerpo ultrajado y degollado de su querida hija, tal vez a medio devorar por las bestias. Con tales pensamientos en la cabeza se levantó y salió de la cabaña en dirección a niña, quien al verlo acercarse le pidió ingenuamente que volviera adentro porque apenas iba a empezar a preparar la comida. El hombre la tiró al suelo de una bofetada y se echó sobre ella, utilizando su peso para evitar que huyese.

Disfrutó ver los ojos aterrados de la pequeña. Sus gritos clamando por ayuda resonaron en el bosque sin respuesta. El hombre le punzó el cuello con la daga de forma que apenas un hilillo de sangre salió de la diminuta herida y la amenazó con matarla si no se dejaba hacer en silencio. Entonces ella cerró los ojos. Él le quitó el abrigo y le abrió la blusa con violencia, exponiendo su pecho infantil. La blancura de la piel lo tentó a agarrar con fuerza una de las dos ínfimas curvaturas que asomaban sobre la llana superficie, luego pasó la mano impaciente por el estómago y la metió por debajo de la falda.

En el momento que sus dedos hallaron la suavidad de la entrepierna la niña arrancó a llorar. Mientras tanto, el mercenario estaba ocupado en la tarea de sacar su miembro erecto de entre los pantalones cuando lo sorprendió el escucharla decir entre sollozos la palabra "papá", seguido del sonido de una respiración sofocada a sus espaldas. No tardó más de un segundo en darse vuelta, daga en mano, resuelto a matar de un golpe al intruso.

Sin embargo la trayectoria del arma se detuvo a medio camino al toparse con una realidad inesperada: en lugar del cazador sus ojos se toparon con la figura de un enorme lobo negro. Los pocos instantes que permaneció sin moverse, preso de la confusión, fueron suficientes para que el animal le rasgara los ojos con su garra. La fuerza del golpe lo lanzó a un lado, el intenso dolor lo dejó retorciéndose en el suelo. Una cortina de sangre le nubló la vista. Prácticamente ciego, agitó la daga en un intento de alejar a la fiera en tanto trataba de levantarse. Sintió otro corte, esta vez en la mano, y el arma voló por los aires.

Con su presa completamente indefensa el lobo se le abalanzó encima. Sus fauces buscaron el cuello del hombre y le desgarraron la garganta, liberando un torrente de sangre. Después de herirlo de muerte el lobo se retiró en dirección a la chica. En medio de su agonía, el mercenario distinguió la silueta del animal sentado frente a ella. Creyó ver que en lugar de huir como era de esperar, ella pasó los brazos alrededor del

cuello de la bestia en un abrazo y se puso a llorar a gritos.

El paisaje nevado frente a la cabaña quedó manchado por la presencia de un cuerpo desangrado. La herida abierta en el cuello no dejaba espacio a dudas acerca de la causa de muerte. A unos pasos, el lugar del lobo lo ocupaba un hombre. Por su rostro aparentaba ser de mediana edad; su torso desnudo revelaba un cuerpo musculoso a pesar de su delgadez. Abrazada a una de sus piernas estaba su hija, un poco más calmada, sollozando en silencio. El padre se agachó para estar a la misma altura que ella, la tomó por los hombros y comenzó a reprenderla.

— ¡Mira lo que te ha pasado! Eso es por confiar en el hombre. Si yo no hubiera estado lo suficientemente cerca como para escucharte no quiero imaginar lo que habría sido de ti.

—Perdóname papá—susurró con la cabeza baja.

—Ya pasó, estás perdonada. Pero prométeme que no volverás a hablar con ningún hombre, que si ves alguno te alejarás ¿De acuerdo? —ella asintió.

—Bueno, vuelve a casa y cámbiate la ropa. Yo buscaré la comida que tiré en el camino.

Apenas ella cerró la puerta de la cabaña, el padre de la niña se puso en marcha. Mil cosas pasaron por su mente. No se decidía en cuanto a enterrar el cuerpo o dejarlo a disposición de los animales del bosque, aunque en realidad eso no le importaba mucho. Se sintió aliviado y feliz de haber podido proteger a su hija a pesar que le tocó abandonar la carne obtenida en varias jornadas de cacería.

Los últimos rayos del sol brillaban sobre la nieve. La luna llena ya era visible en lo alto del cielo. “Será una noche hermosa”, se dijo a sí mismo al contemplarla. Y continuó caminando hasta perderse de vista entre los árboles.

San José, febrero de 2017.